

# La ciencia es un amuleto para lidiar con el azar

Enrique Ferrer-Corredor



We had the experience but missed the meaning. And approach to the meaning restores the experience in a different form.

**T. S. Eliot**

La retórica del último Heidegger compensa la ausencia de contenidos preposicionales que el propio texto se niega a tener, con otra tarea: la de asistir a los destinatarios en el trato con potencias pseudosacras.

**Habermas, J.**

Del Rigor de la Ciencia

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él.

Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguietes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las inclemencias del Sol y los inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Suárez Miranda, *Viajes de Varones Prudentes*,  
Libro Cuarto, Cap. XLV, Lérida, 1658.

Borges, J.L.

**¿Cómo concebimos y cómo se enseña la ciencia hoy ante los retos actuales de la creciente desigualdad socioeconómica, de la complejidad cultural y bioética, de la pandemia mundial del coronavirus?**

Cuando sales a dar un paseo al parque de tu barrio, en medio de árboles y miles de pequeños animales ocultos, rodeado de flores que van marcando la hora y pisando hojas caídas que sirven de calendario, en medio de un paisaje que ya no ves, sino que reconoces, emerge una paradoja: el lenguaje construye tu mundo inmediato y tu memoria pone reglas a tu lenguaje. Esta dinámica infinita recoge el tejido de eso que llamamos realidad.

A lo largo de los años, ya sea de modo inconsciente o en medio de cavilaciones intelectuales, el paseo se repite. Entonces, el lenguaje y la memoria se han venido enriqueciendo mutuamente. Y tal vez los estados de conciencia epistemológica igualmente habrán enriquecido la complejidad de la experiencia. Ese estar ahí, ese ser que se actualiza en su relación con los objetos que le rodean, con la aprehensión de los sistemas que dan lugar y valor a esos objetos; todo en su conjunto construye en su repetición una nueva experiencia, que se vive incluso en la medida que lee el pasado hecho memoria, volcado en un lenguaje que orienta las nuevas experiencias.

Este estado del ser, este dejarnos ir en el parque, tiene tantos momentos como colores, tantas horas como estados del alma; sobre todo, tiene muchas versiones cada vez que elegimos un camino desde el alfabeto de nuestros recuerdos, ya sea por deseo, ya sea por necesidad, ya sea porque nos dejamos ir como un objeto en el agua.

Y del modo como acuñemos esa memoria obtendremos una moneda personal para comerciar con la realidad. Los poetas, los pintores, los artistas, desde cada una de sus escuelas, miran los árboles, las flores, los colores en un torrente que se actualiza así: entre los más románticos, en su diálogo con la naturaleza de la infancia; entre los más vanguardistas con la nueva naturaleza soñada tras cerrar los ojos en el horizonte. Los enamorados encuentran en los jardines de su entorno una réplica del olor, del color, del sabor de sus besos; la analogía de lo estable siempre en movimiento hace del bosque un lugar recurrente. Los comerciantes venden espacios, flores cortadas, maderas moldeadas, hasta la propiedad privada de poder estar. Los traidores atan los árboles con cuchillos, con baterías, trazan caminos con trampas en el parque; entonces el paisaje deja de ser un lugar seguro, y todos quedamos expulsados de los orígenes. Un científico asume todos los caminos, incluso asume la existencia posible de otros caminos no conocidos pero posibles, el científico es un esteta total: asume el placer de la piel con las precauciones del dolor inevitable escondido bajo el manto del tiempo.

Tal vez, cada uno de nosotros en algún momento haya sido uno u otro de estos actores, o todos incluso. Nos interesa resaltar la mirada del científico, no porque sea la privilegiada para dar razón del ser en sí mismo, sino porque nos ocupa en esta edición, y porque es la mirada que nos cohesiona como sujetos de un mundo de la vida tejida con el trabajo compartido, con el destino compartido, con la sangre mezclada en el abrazo. Y en ese compartir, en primera, segunda y tercera persona, nuestros riesgos en el camino trágico de la vida asumen destinos, comparten azares y traiciones. La ciencia es un lenguaje para acotar la incertidumbre.

Cuando la conjunción de tu destino te ha llevado por uno de estos caminos, sin duda, ha marcado el modo como quieres ver el paisaje en tu jardín favorito. Y claro, somos un pedazo de cada uno de todos los discursos, somos amantes, somos obreros, somos familia, a veces somos científicos. En una persona de ciencia, la conjunción de todos estos espejos emerge como una mera conjugación tejida de símbolos. Ya no podemos ignorar que no nos ignoramos. El devenir diario se convierte en una mezcla de sensaciones de piel, de instinto de animal salvaje y de lenguaje domesticado; entre tensiones con nuestro propio ser nos abrimos al mundo de las cosas y de los otros. Y desde la otra orilla los otros copian y barajan opciones semejantes, aunque con decisiones teñidas con la historia de cada uno.

Y sin duda, hay uno de estos alfabetos que habrá marcado de un modo especial la experiencia acumulada y compartida de muchos seres, el de la ciencia. La ciencia es un camino sin retorno y encadenado a la duda. La ciencia es ese lenguaje que habla consigo mismo, que habla con la naturaleza, con las relaciones que entablamos con los otros, y que nos regala caminos trazados que nos permitan apoyar el pie con menos miedo que en el pantano. No obstante, tanto el caminante como el camino cambian, el tiempo pronto revela las grietas, tanto del caminante como de la tierra macerada; ya sea porque descubramos ausencias apenas ocultas, ya porque el caminante haya engendrado nuevos interrogantes y el camino trazado ya no colme su horizonte.

La ciencia es el tamaño de nuestra duda. Desde la antigüedad hemos tenido noticia de distintos artificios para cercar nuestras dudas: la hechicería, los dioses infinitos, las leyes labradas por los poderosos, la experiencia acumulada y compartida, el pensamiento hecho abstracción especialmente cuando lo esculpimos en ecuaciones; podemos percibir en esta secuencia de hechos y lenguajes la convergencia hacia eso que conocemos hoy como ciencia, un lenguaje que funda caminos asentados. Y en ese trasegar, inventamos el lenguaje y el lenguaje nos ofrece versiones de nosotros. Como en la novela *Planilandia* (Abbot): cada uno es de acuerdo a lo que ve; pero a su vez, cada uno ve de acuerdo a lo que es.

La sabiduría del científico no ignora los dictámenes de la tragedia griega. Las horas vienen contadas, el calendario agota los laberintos, el tiempo sigue desgarrando los nombres de su horizonte. No obstante, si el lenguaje es cada vez más nuestro, no solo por compartirlo sino por ser la voz traslapada de los consensos; entonces, tiempo y lenguaje conjurados emergen como el mejor amuleto para lidiar con el *sino* inevitable de cada uno de los seres humanos; cuando agotada la actuación de nuestro cuerpo, ser y tiempo cesan. La sabiduría nos proporciona el alfabeto de nuestro tiempo, nos acostumbra a la disolución de nuestro modo de nombrar el mundo, nos acostumbra a ausentarnos lentamente de nosotros, hasta que nuestra palabra no pueda seguir revelando el tiempo de nuestro ser.

La escuela como institución ha jugado (aunque debe actualizar el juego) un papel trascendental en la convivencia del joven con el discurso de la ciencia. La modernidad instauró el reino de la razón, asumió sus contradicciones y hoy empieza a asumir su propia crítica. Descartes es un precursor de la duda

**La modernidad instauró el reino de la razón, asumió sus contradicciones y hoy empieza a asumir su propia crítica.**

como fundamento de la ciencia moderna; Nietzsche traza líneas de duda frente a la razón como instancia emancipadora, aunque pregona el equilibrio entre lo apolíneo y lo dionisiaco; Heidegger descuida en su caída del ser la ciencia como escenario performativo restaurador, más allá de la cárcel de sujeto. Algunas versiones de la llamada posmodernidad (Lyotard), así como las llamadas *epistemologías del sur*, se resignan al juego local (¿propician el neoconservadurismo como lo expone Mardones?). La subjetividad se educa (bella frase habermasiana), en su propuesta postmetafísica, camino de la construcción de una pragmática universal (sin absolutos) que, desde fundamentos metateóricos asentados en el debate público especializado, diseñe caminos a los tipos de discurso, en un diálogo permanente de consensos actualizados en el mundo de la vida. La escuela debe preguntarse y asumir el debate epistemológico de los tipos de discursos, y desde el desarrollo local axiomático de cada uno, contribuir con el debate integrador en aras de un proyecto de la mejor *vida buena*, a sabiendas de las implicaciones de una ciencia y técnica mediadas por la ideología, construyendo acciones instrumentales rigurosas encaminadas a la emancipación y la comunicación bajo voluntad de entendimiento, plagadas de microacciones fundamentadas racionalmente camino de un mundo más justo, más coherente y más feliz.

El tejido público del conocimiento es uno de los mejores puentes para una construcción colectiva, sin que por ello agote o ignore la existencia del ser en sí mismo, como referente existencial; no obstante, el ser en su facticidad se realiza en el mundo de la vida y en su tejido social, en las cosas mismas de una materialidad consciente y trascendente, fundamentada en diversos niveles de discurso, uno de ellos el de la ciencia. La complejidad del mundo como totalidad, como suma de los casos existenciales, se nutre de un modo especial del discurso con pretensiones de verdad y de la universalidad de la ciencia, con sus respectivas actualizaciones en una tensión permanente entre el absurdo apolíneo y la acción dionisiaca del ahora, entre amasar el pan diario y caer rendido al erotismo eterno de un instante. Una filosofía agotada en el ser en sí del sujeto carecería de riesgo en la apuesta por un ser para sí, por una superación del nihilismo. Una filosofía anclada en la epistemología de la ciencia ignora las angustias inevitables del ser y la aceptación del destino trágico de la humanidad. Una apuesta postmetafísica busca conciliar la fundamentación teórica de una pragmática universal en diálogo permanente con los tipos de interés sujetos a los tipos de saberes. La ciencia emerge como uno de los substratos, tal vez incluso uno de los más robustos, que evita que ese diálogo entre el ser y su caer en el mundo se hunda para siempre, se paralice en su emergencia como sujeto consciente de su falibilidad (Hamlet), y en cambio asuma el camino de la mano de la experiencia acuñada en universales sin absolutos, en monedas consensuadas en el sistema, mirando los ojos del ser amado a manera de un hilo de Ariadna. La ciencia nos permite la solidaridad, el capital compartido, la humanización de la tragedia. La ciencia es un amuleto para lidiar con el azar.

La modernidad tardía (inconclusa) expuesta por Habermas, apuesta por una reconstrucción crítica de las contradicciones de su razonar fragmentado, de su modernización

**El tejido público del conocimiento es uno de los mejores puentes para una construcción colectiva, sin que por ello agote o ignore la existencia del ser en sí mismo, como referente existencial.**

desigual y a veces destructiva, bajo una fundamentación postmetafísica no fundamentalista: “la unidad de la razón en la multiplicidad de sus voces” (Habermas), en aras de la construcción de una razón comunicativa.

El transcurso histórico de la construcción del conocimiento se bifurca en tipos de saberes manipulados por tipos de discursos (entre otros, en el sentido expuesto en *Conocimiento e interés*), cuya validación epistemológica de un lado y, de los saberes mismos y sus aplicaciones, de otro, discurre sobre substrato de poder, de ideologías, siempre en tensión, en procesos de ajuste permanente. No obstante, Habermas, a lo largo de su obra, en particular en *Ciencia y técnica como ideología*, asume un problema central sobre el pesimismo actual alrededor del cultivo de la ciencia, heredado del nihilismo y luego de las “dialécticas negativas” y de los desvaríos posmodernos: la acción instrumental, un escenario por excelencia de la ciencia, si bien viene marcada en sus valoraciones ideológicas, de conveniencia bajo el poder político y económico, posee una fuerza de conocimiento con pretensiones de verdad y acción pragmática sobre el mundo independiente de los intereses que se apropian de su valor de cambio; su valor de uso se realiza en torno a su fuerza argumentativa para dar cuenta de preguntas sobre problemas concretos en el mundo. En algunos casos, como en las disciplinas sociales, este semblante emerge bajo problemas de objetividad, esta se construye, se va acotando, mediante una racionalidad crítica permanente (debate público entre pares, siempre protegiendo a las minorías y a los más desposeídos).

El discurso científico se ramifica en disciplinas, con marcos epistemológicos, aunque particulares, con fronteras a veces borrosas, a veces en diálogo, son partes metodológicas de una pregunta total: la vida, la muerte, la construcción del mejor mundo posible. Estas disciplinas integran y son integradas por otros saberes; incluso, cada uno de nosotros, no solo cuando abrazamos sus estudios, sino en nuestro paseo al parque, no solo rumiamos el lenguaje de la ciencia, sino que el lenguaje de la ciencia nos lee, no importa si somos o no conscientes de esa realidad. Los circuitos de nuestro sistema nervioso obedecen a un álgebra perfeccionada por siglos, los vientos en el bosque arrastran ecuaciones de comportamiento antes de que el árbol caiga sobre la cabeza del visitante desprevenido. Hablamos con nosotros mismos en la lengua que adquirimos en la cuna.

Con Einstein, el tiempo y el espacio nos obligan a soñar con el observador posible de un mundo probable; en adelante, el presente se resuelve en una muerte y un nacimiento incesante, todo bajo la tiranía del lenguaje, a la velocidad de la luz. Es decir, el mundo es simultáneo, aunque el lenguaje apenas pueda ser sucesivo. Las fronteras de la ciencia son apenas una conveniencia de mortales, en palabras de Hawking: “Los físicos y los poetas se podrán dedicar a disciplinas distintas, pero buscan lo mismo: comunicar la belleza del mundo que nos rodea.”

De un modo especial, los artistas usan, recrean y provocan la abstracción científica. Incluso, sus obras emergen como analogías de esta, no importa si este hecho transcurre de modo inconsciente o no. En Shakespeare, la sabiduría está vinculada con la muerte: saber o no saber define el destino de los personajes. El padre de Hamlet es envenenado, las brujas de Macbeth hacen acopio de una vieja tradición para preparar el brebaje que darán a su cliente y leer su destino; magia y conocimiento se confabulan y hacen pagar el precio con la muerte: “La lana del murciélago amigo de las tinieblas, la lengua

del perro, el dardo del escorpión, ojos de lagarto, músculos de rana, alas de lechuza... Hierva todo esto” (Macbeth). El conocimiento es herramienta y se manifiesta en las múltiples versiones humanas del poder, dictamina el destino de la vida cuando alguien lo usa de un modo perverso como instrumento de una razón manipulada. El conocimiento no garantiza la acción buena, pero presupone una experiencia acumulada, una técnica de acción. La acción comunicativa encaminada al entendimiento (Habermas) debe presuponer escenarios de debate público y

de construcción política que nos recuerda a la *polis* griega. El conocimiento hecho ciencia no puede estar ajeno a la naturaleza política de la humanidad.



Incluso el arte y la ciencia dialogan en la búsqueda de abstracciones que permitan nuestra aprehensión del mundo. La literatura funda realidad. El lenguaje en García Márquez emerge como instrumento fundacional del mundo en Macondo (*Cien años de soledad*), nos obliga a la maravilla de volver a sorprendernos ante la aparición de los primeros inventos de la humanidad, en un pueblo que hace el camino de la historia de la humanidad desde sus carencias hacia la arrogancia moderna de la cultura acumulada; nos seduce en su reflexión fundacional del mundo con la sorpresa elemental de descubrir en la sombra que va rondando la casa que la Tierra gira alrededor del Sol. Macondo se anticipó al complejo camino de hoy para concebir la realidad cuántica. Los seres contemporáneos, especialmente los jóvenes, naturalizamos la comodidad de una modernización (máquinas e instrumentos) que facilita la vida diaria material, pero que pocas veces reconocemos los beneficios generacionales heredados (la sangre derramada de nuestros antepasados). La literatura usa el lenguaje como material y produce nuevo lenguaje, nuevos caminos a la realidad. “El infinito no es igualmente infinito en todas sus partes” (Juarroz).

Francis Bacon, el pintor contemporáneo, es un ingeniero del tiempo rasgado por la angustia que atraviesa los rostros de sus pinturas; su cálculo de líneas y planos despliegan circuitos de pistones, de una mecánica de transformación del alma humana afectada por el sentido de la vida indagada por la cercanía de la muerte. Otro pintor, Van Gogh, a la manera de Miguel Ángel, cuando diseccionaba los cuerpos, descubre pliegues inéditos de la naturaleza y del ser, su pincel actúa como un bisturí capaz de revelar el color y la forma que evita que los cuerpos luzcan como el cadáver de un instante desvanecido por la puerilidad de la experiencia...

El lenguaje esculpido en conocimiento es el ser. Hipatia no fue asesinada por ser mujer, sino por ser sabia. La sabiduría es un amuleto frente al absurdo. Camus nos obliga a la renuncia, se sumerge en Nietzsche, Dostoyevski y Kafka, niega todo para renovar la afirmación de vida, y dice sí; nada nos salva desde sus palabras, pero nos regala el viaje a la profundidad, el arrojito, el lenguaje de estar ahí. La abstracción del mundo

**Los científicos y los artistas  
son guardianes del lenguaje,  
porque el lenguaje es la  
cárcel de su ser.**

nos hace habitantes del mundo. Bachelard nos habla de un punto intermedio entre la representación geométrica y la metáfora, entre la matemática y la poesía, a mitad de camino entre la cosa y el nombre. Pascal asume su quehacer científico como una tarea para develar los misterios de Dios. Averroes es un precursor de los caminos de la modernidad: planteó la existencia de dos verdades paralelas, la de Dios y la de la ciencia. Platón sueña con una República

fundamentada en el saber de los ciudadanos para construir la *polis* más justa posible. Aristóteles dictamina las cadenas políticas de cada uno de nosotros, inevitablemente en algún instante, somos todos. En definitiva: “El verdadero lugar de nacimiento es aquel en el que por primera vez uno se ve inteligentemente sobre uno mismo; mis primeros lugares de origen han sido libros y, en menor grado, escuelas”, se nos revela en *Memorias de Adriano* de Yourcenar.

“Los soñadores actuales son tal vez los grandes precursores de la ciencia final del futuro”, un verso a manera de brújula en *El libro del desasosiego* de Pessoa. Los científicos y los artistas son guardianes del lenguaje, porque el lenguaje es la cárcel de su ser. Tal vez, consciente de que los límites del lenguaje son nuestros propios límites, Wittgenstein cerró su *Tractatus* con: “De lo que no se puede hablar, hay que callar.” Y nosotros, como viles mortales solo nos resta decir:

No sólo la vida es pasajera:  
la eternidad también lo es.  
Y hay algo más todavía.  
Desde cada cosa,  
por fugaz que ella sea,  
otra cosa es siempre más fugaz.  
Por eso, desde la vida,  
la eternidad es aún más transitoria que ella.  
La vida es una isla contagiosa.  
Aunque no deje nunca de ser isla.

(Poema 40, Sexta poesía vertical, R. Juarroz)